

colección rúbrica



CRISTINA GARCÍA FERNÁNDEZ



MÁS ALLÁ DE MIS SUEÑOS

Relatos cortos

esstudio
ediciones

MÁS ALLÁ DE MIS SUEÑOS

Relatos cortos



A Tata

Te fuiste hace un año y medio. Era tu momento.

Yo estaba lejos, pero volví para verte por última vez. Poder tocarte una vez más fue algo maravilloso que me reconcilió con la vida.

Luego ocurrió lo increíble, lo más tierno y entrañable: me hablabas en sueños, me llamabas e incluso, en alguna ocasión, sentí que me tocabas.

Gracias por buscarme, porque eso me dio la paz que necesitaba y la alegría de que todavía, desde donde estés, me sigues queriendo.



Historia de otoño

Ella se fue una mañana de otoño. La maleta era ligera pues quería dejar atrás todo lo vivido durante los últimos años. En la estación encendió un cigarrillo, el último pensó, pues deseaba emprender una nueva vida, y la salud, que ya le había dado algún aviso, era una pieza fundamental en esta etapa que acababa de comenzar.

Él llegó a casa tarde, como de costumbre, cansado de trabajar todo el día, con ganas de compartir una cena más, un rato de tele o una película que lo sacara de la rutina de un día complicado. Cuando entró en el salón vio la carta. Era de ella, se iba, esta vez para siempre. Se sentó, afligido, cerca de la ventana, miró lejos, donde los tejados se desdibujan entre las nubes, y lloró.

Ella ya había cogido el tren. Su vista, relajada hacia el infinito, inspiraba serenidad, descanso, paz. De repente sonrió, pues las montañas del horizonte parecían hablarle, como si de un mensaje encriptado se tratase, mientras se fundían casi transparentes con el cielo...

Él estaba en silencio, solo. La situación le inquietaba y su respiración comenzó a acortarse. Cogió su guitarra, la de ella, aquella que había dejado de tocar al poco de conocerle. Al acariciar sus cuerdas recordó toda una vida de alegría con esa mujer, sus momentos de risas y de abrazos eternos.

Mientras el tren avanzaba ella sintió que algo no iba bien. Su respiración se agitaba y su corazón latía fuerte, como si se saliera del pecho. Por un momento pensó en pedir ayuda, pero en realidad, sabía que ya no podía arrepentirse y que cualquier perturbación era pasajera. Esta vez no había marcha atrás.

El tren continuaba insolente dejando atrás media vida de recuerdos; abrió la ventana, quería respirar profundo por primera vez en mucho tiempo y soltar todos esos años de sufrimiento y sorpresas ingratas. De repente, una sonrisa leve iluminó su rostro: los montes del fondo se habían desdibujado, convirtiéndose en un lienzo de luz blanca que parecía llamarla desde lo más lejano. Entonces soltó un suspiro largo, el primero en muchos años que no le dolía.

En otro lugar, él sintió un escalofrío al percibir cómo la lámpara de aceite se apagaba mientras sujetaba una guitarra silenciosa. Entonces comprendió que el otoño se lo había llevado todo.



Las amistades peligrosas

Recuerdo aquel día como si fuera hoy mismo. Era junio de 1989 y yo tenía una cita importante. No podía creerlo; esa tarde le vería y quién sabe cómo transcurrirían las cosas.

Yo acababa de estrenar un coche, un *Volkswagen Polo* cupé azul eléctrico, «el polito», como yo le llamaba. Iría en mi flamante coche a su encuentro y luciría atractiva para gustarle. Llamé a mi por entonces amiga Maite, que era vecina, para que me asesorara con el atuendo (hoy en día *outfit*) y el peinado. Yo tenía el pelo muy largo, por lo que, entre ella y su hermana Arancha, me lo trenzaron desde la raíz, resultando ser un recogido elegante y distinto a lo habitual en mí. Me fui corriendo a casa para los

últimos retoques y, al salir, me di cuenta de que la majestuosa trenza se había deshecho y que, a pesar de mi aspecto despeinado, no tenía tiempo para más arreglos. Mientras cogía las llaves de mi recién estrenado bolido, deshice mi trenza y dejé que mi cabello luciera natural sobre mis hombros, una larga y lisa melena juvenil.

Entré corriendo en el automóvil, pues ya iba tarde, e intenté arrancar. Aquello no rugía ni parecía hacer contacto. Lo intenté varias veces, pero nada. Demasiados nervios. Salí corriendo y galopé hacia la parada del autobús que me llevaría a la Moncloa. Me quedaba algo más de media hora de viaje y ya era la hora de mi cita. ¡Cuánto habría agradecido un teléfono móvil en aquel momento!

Por fin llegué. Me dirigí al lugar del encuentro, los famosos ‘arcos’ enfrente del Ejército del Aire. Miré a un lado y a otro y no le vi. «Claro», pensé, «¡he llegado media hora tarde!».

Entre estos pensamientos y la neblina mental que no me dejaba ver, alguien me dijo: «¡Hola! ¡Aquí!». Y de pronto... ahí estaba él..., saliendo de su *Opel Kadett GSi* turbo, blanco y negro y con alerón, todo un coche molón en esos años. «Disculpa el retraso», le dije, «no me arrancaba el coche y...». «¡No te preocupes!», exclamó, «iremos en el mío, ¿te apetece un cine?».

Sinceramente, no era lo que más me apetecía, ya que hubiera preferido ir a tomar una cerveza a un sitio tranquilo donde poder hablar y quizás seducirle con mis juveniles encantos veinteañeros, pero... «¡Vale!», dije yo, «¿qué peli te apetece?», pregunté. «Pues acaban de estrenar

una que tengo muchas ganas de ver, ¿has visto *Las amistades peligrosas*?».

Las amistades peligrosas, un filme que ofrece un retrato crudo y a la vez elegante de la decadencia moral de la aristocracia francesa del siglo XVIII, donde la seducción y el engaño no son fines en sí mismos, sino armas estratégicas diseñadas para combatir el aburrimiento crónico de su clase social y ejercer un control absoluto sobre los demás.

Llegamos al cine y nos sentamos, porque él así lo quiso, en una de las primeras filas. «Pero... si el cine está vacío», dije con sorpresa al ver que se sentaba en la tercera fila. «Ya, pero me encanta sentarme cerca de la pantalla, así me meto de lleno en la película», contestó con una seguridad pasmosa. Durante casi tres horas de lujo, seducción, erotismo y venganzas al más alto nivel (me refiero a la película, claro), solo me cogió la mano una vez, quizá dos. ¡Realmente estaba concentrado en la maldita peli que, desde luego, merecía la pena!... pero yo no había quedado con él para consumir tres horas de nuestra supuestamente maravillosa y preciada tarde metidos en un cine de alta concentración mental. Creo que esta forma de pensar delataba mi arrolladora juventud, así como las ganas que yo tenía de convertirme en su novia.

Cuando terminó el peliculón, le propuse ir a mi barrio a ver qué había pasado con mi coche. Durante el trayecto, bromeó acerca de mi flamante y recién estrenado bólido: «Quizás se ha gripado», dijo con una mueca que se transformó en un abrir y cerrar de ojos en una sublime carcajada... Me reí con él, pues la broma no estaba

mal, pero ahí me di cuenta de que, en unos instantes, yo iba a hacer el más inmenso de los ridículos. Y así fue. Arrancó mi coche a la primera y no solo eso, sino que me llevó a dar una vuelta para que me quedara tranquila de que aquello funcionaba a la perfección. ¡Pues claro! ¡Era un coche recién estrenado! Él ya tenía una anécdota divertida para contar a sus futuras novias y yo el bochorno para no contarlo...

En fin, os preguntaréis qué pasó después. Pues salimos juntos una temporada corta porque enseguida se hizo famoso y se esfumó como la espuma de una ola. Dos años más tarde, yo me fui a Santiago de Chile con una beca para estudiar un posgrado. Les había hablado a mis compañeros de casa de aquella relación tan imposible, pero, sin embargo, con tanto interés por mi parte. Una tarde que yo estaba descansando en mi habitación, subió mi compañera Margui, la canaria, y me dijo: «Cris, está tu amigo en la tele, está aquí, en Santiago». Bajé corriendo, pero ya solo vi su silueta cerrando el programa de televisión. Entonces decidí actuar. A la mañana siguiente llamé al hotel donde él se solía alojar y le dije que yo estaba en Santiago de Chile. Quedamos ese mismo día y pasamos una velada maravillosa.

No le volví a ver. Falleció al poco tiempo, quién sabe por qué. Cada individuo tiene su destino marcado desde que nace y es algo que difícilmente podemos modificar. El encuentro de aquel día fue mi primera lección sobre las conexiones del universo: reencuentros, casualidades,